

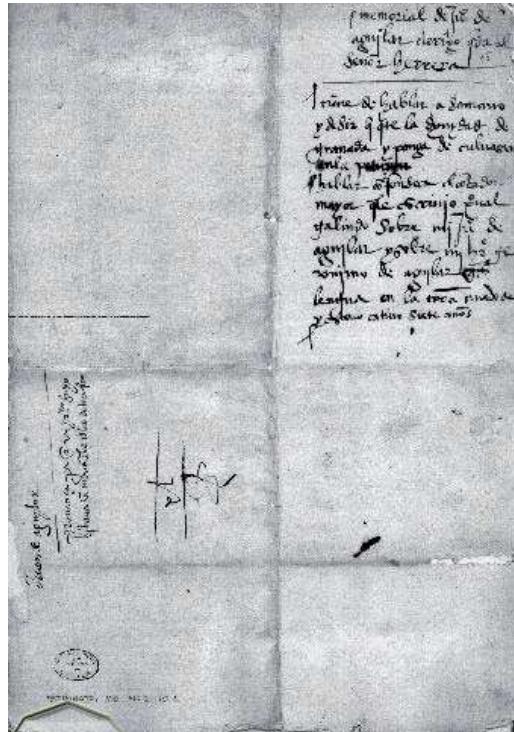
EL ECIJANO JERÓNIMO DE AGUILAR Y SU GRAN APORTACIÓN A LA CONQUISTA DE MEJICO.

Junio 2015
Ramón Freire Gálvez.

Nos encontramos ante uno de los ecijanos más importantes en la aventura americana y por ende, de la historia del siglo XVI, por su participación en la Conquista de Méjico. Aunque es cierto, que, aunque no por muchos, es uno de los pocos personajes conocidos en esta, su ciudad natal, no por ello deja de ser interesante recordarlo para las presentes y nuevas generaciones por la importancia antes aludida. De ello que, debido a la numerosa bibliografía encontrada sobre el mismo, haya resultado fácil poder elaborar este pequeño bosquejo, con independencia de las distintas interpretaciones y opiniones que sobre el mismo encontramos en cada una de ellas.

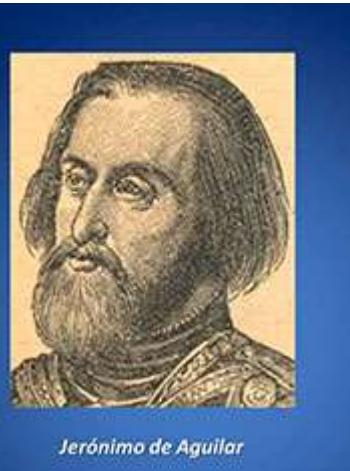
Jerónimo de Aguilar, debió nacer en Écija, sobre el último tercio del siglo XV, por lo que, una vez más, la falta de registros a dicha fecha, nos impide

aportar sus datos bautismales, pero de la propia manifestación del personaje, allá en tierras americanas, cuando llegaron las huestes de Hernán Cortés y posteriores publicaciones, dejaron demostrado su nacimiento en Écija. Teniendo en cuenta que su llegada a América podría fecharse sobre mediados de 1509, necesariamente debió ser su nacimiento anterior a 1490, incluso en algunas de las biografías lo mencionan como nacido en Écija, el año de 1489.



Aguilar, que salió de Écija con don Diego Colón, y fue con Diego de Nicuesa al descubrimiento y población de Tierra Firme. Ecija, 7 de enero de 1520. Del mismo acompañamos la página número 1.

Siguiendo un orden para poder concretar la fecha en que Jerónimo de Aguilar partió hacia América, teniendo en cuenta el documento anterior, es



Jerónimo de Aguilar

posible que su marcha se produjese a partir del 13 de Diciembre de 1508, fecha ésta en que por Real Cédula, expedida en Realejo, se concede licencia al almirante don Diego Colón para que pase a las Indias como gobernador de ellas, encargando a los oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla, embarguen y tomen los navíos que el almirante hubiere menester así de este puerto como de otros de Andalucía.

También resulta ello de otra Real Cédula, de la misma fecha, comunicada a los oficiales de la Casa de la Contratación, ordenándoles, respecto al pasaje del almirante don Diego, lo mismo que hicieron con sus antecesores. En este año de 1508 se comunicaron otras Reales Cédulas a los oficiales de la Casa de la Contratación relativas al pasaje del almirante, permitiéndole el embarque de algunos criados, ganados, etc. Estos documentos se encuentran en: Contratación, 5089 (*Archivo General de Indias. Signatura: PATRONATO, 10, N.1, R.16*).

Como quiera que en el documento referenciado, igualmente se hace mención a Diego de Nicuesa, con quien Jerónimo de Aguilar fue al descubrimiento y población de Tierra Firme, aparece una orden expedida en Valladolid el 15 de Junio de 1509, titulada: "Orden para que se guarde la capitulación con Ojeda y Nicuesa" (*Archivo General de Indias, Signatura: INDIFERENTE, 1961, L.1, F.130V-131*), sobre Real Cédula a don Diego Colón, almirante y gobernador de las Indias, para que haga cumplir y guardar las provisiones y cédulas dadas a Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda con los que se ha capitulado la población de Tierra Firme, así como otra de 14 de Noviembre del mismo año de 1509, expedida en Valladolid, titulada: "Respuesta a carta de Diego Colón" (*Archivo General de Indias. Signatura: INDIFERENTE, 418, L.2, F.94R-94V*), sobre Real Cédula al almirante Diego Colón, gobernador de las Indias, en respuesta a su carta de 17 de septiembre sobre los siguientes asuntos: Que llegaron los navíos con las perlas. Que no le pertenecen los diezmos ni las penas de cámara. Que procure ayudar cuanto pueda a Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda en su viaje. Que escriba prontamente sobre lo que allí sucede.

De lo anterior y teniendo en cuenta el primero de los documentos aportados, resultan coincidentes en el tiempo, lugares y personas, lo relacionado en los Méritos de servicios de Jerónimo de Aguilar, fechado en Écija el 7 de Enero de 1520.

Para mayor verosimilitud de todo ello, se hace preciso recoger las manifestaciones que hace Jerónimo de Aguilar cuando es encontrado por Hernán Cortés: "Mucho sintieron los isleños, según demostración, la partida de los cristianos, especialmente el Calachuni y ciertamente a ellos se les dio buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fue la flota a tomar la costa de Yucatán, adonde está la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés (*en la foto de la derecha*) para ver la disposición de la tierra y el aspecto de la



gente.

Mas no le agradó. Al otro día siguiente, que era Carnestolendas, oyeron misa en tierra, hablaron a los que vinieron a verlos, y ya embarcados, quisieron doblar la punta para ir a Cotoche y tentar qué cosa era. Pero antes de que la doblasen, tiró la nao en que iba de capitán Pedro de Albarado (*en la imagen de la izquierda*), en señal de que corría peligro. Acudieron allí todos a ver qué cosa era y cuando vio Cortés que era un agua que con dos bombas no podían agotar, y que si no era tomando puerto no se podría remediar, volvió a Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron en seguida al mar, muy alegres, a saber qué querían o de qué se habían olvidado y los nuestros les contaron su necesidad, y desembarcaron y repararon el navío.



El sábado siguiente, embarcó toda la gente, excepto Hernán Cortés y otros cincuenta. Revolvió entonces el tiempo con grandes vientos y contrarios y así, no partieron aquel día. Duró aquella noche la furia del viento, mas amansó con el sol, y quedó el mar para poder embarcar y navegar, pero por ser el primer domingo de cuaresma, decidieron oír misa y comer primero.

Estando Cortés comiendo, le dijeron que una canoa a la vela atravesaba de Yucatán para la isla, y que venía derecha hacia donde las naves estaban surtas. Salió él a mirar a dónde iba y como vio que se desviaba algo de la flota, dijo a Andrés de Tapia que fuese con algunos compañeros a ella, a orillas del agua, encubiertos, hasta ver si salían los hombres a tierra y si salían, que se los trajese. La canoa tomó tierra tras una punta o abrigo y salieron de ella cuatro hombres en cueros, excepto sus vergüenzas, con los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como las mujeres y con muchas flechas y arcos en las manos; tres de los cuales tuvieron miedo cuando vieron cerca de sí a los españoles, que habían arremetido a ellos para cogerlos, con las espadas sacadas y querían huir a la canoa. El otro se adelantó, hablando a sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen; y dijo luego en castellano:

Señores, ¿sois cristianos? Respondieron que sí, y que eran españoles. Alegróse tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, pues tenía unas horas durante las cuales rezaba cada día. Les rogó que diesen gracias a Dios y él se hincó de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oración a Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacía de sacarlos de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nación. Andrés de Tapia se llegó a él y le ayudó a levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los demás españoles. El dijo a los tres indios que le siguiesen, y se fue con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde estaba Cortés, el cual le recibió muy bien, y le hizo en seguida vestir y darle lo que hubo menester, y con placer de tenerles en su poder, le preguntó su desdicha, y cómo se llamaba.

Él respondió alegremente delante de todos: **Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar y soy de Écija**, y me perdí de esta manera: que estando en la guerra del Darién (En la foto de la página siguiente, marcado en

verde, se señala la *Región del Darién* en el límite de Colombia y Panamá), y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Núñez de Balboa, acompañé a Valdivia, que vino en una pequeña carabela a Santo Domingo, a dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y a llevar veinte mil ducados del Rey, el año 1511; y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece o catorce días, y al cabo nos echó la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el Sol a esta tierra, a una provincia que llamaban Maia.



En el camino se murieron de hambre siete, y hasta creo que ocho. A Valdivia y otros cuatro los sacrificó a sus ídolos un malvado cacique, en cuyo poder caímos, y después se los comió haciendo fiesta y plato de ellos a otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera a engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prisión y echamos a huir por los montes; y quiso Dios que topásemos con otro cacique enemigo de aquél, y hombre humano, que se llama Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó en morirse.

De entonces acá he estado yo con Taxmar, que le sucedió. Poco a poco se murieron los otros cinco españoles compañeros nuestros, y no hay más que yo y un tal Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancan, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitán de Nachancan, y muy estimado por las victorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcanos.

Yo le envié la carta de vuestra merced, y a rogarle que se viniese, pues había tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadada la nariz, picadas las orejas, pintado el rostro y manos a estilo de aquella tierra y gente, o por vicio de la mujer y cariño de los hijos.

Gran temor y admiración puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comían y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habían pasado; pero daban gracias a Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerlo por faraute cierto y verdadero. Y certísimo les pareció milagro haber hecho agua la nao de Albarado, para que con aquella necesidad volviesen a la isla, donde, sobreviniendo viento contrario, fuesen constreñidos a estar hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fue el lengua y medio para hablar, entender y tener noticia cierta de la tierra por dónde entró y fue Hernán Cortés. .. (*Venida de Jerónimo de Aguilar a Hernán Cortés. Antecedente: LA CONQUISTA DE MEXICO. ARTEHISTORIA*).

En su relato, Jerónimo de Aguilar dice: "...que acompañó a Valdivia desde Darién a Santo Domingo y ya que llegamos a Jamaica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras... Poco a poco se murieron los

otros cinco españoles compañeros nuestros, y no hay más que yo y un tal Gonzalo Guerrero..."

Indagando en la biografía de Gonzalo Guerrero, con el único fin de acreditar lo anterior, encontramos, en la publicación: *GONZALO GUERRERO. Un jefe maya nacido en Palos*. De Julio Izquierdo Labrado, Palos de la Frontera, 1992, lo siguiente:



Natural de Palos (*En la imagen de la izquierda, monumento a Gonzalo Guerrero ubicado en un extremo del Paseo de Montejo de Mérida (Yucatán)*). Arcabucero en Nápoles y Granada. En 1510, o antes, va con Diego Nicuesa a América. Con Pedro de Valdivia, capitán de Núñez de Balboa, enemigo de Nicuesa, va desde Darién a Fernandina, Santo Domingo, como oficial a cargo de esclavos y tripulación de la nao *Santa María de Barca*, armada en Almería. Pretende ver a Almagro en la Española y presentarle recomendación de Nicuesa para ser oficial en el galeón *San Pelayo de Antequera*. Parten de Darién el 15 de Agosto de 1511. Naufragan en los bajos de las Víboras o de los Alacranes, frente a la isla de Jamaica. De 18 supervivientes en un batel, llegan a la costa de Yucatán 8. Tienen un primer contacto con los Cocomes, que sacrifican a 4, entre ellos a Valdivia, y los comieron.

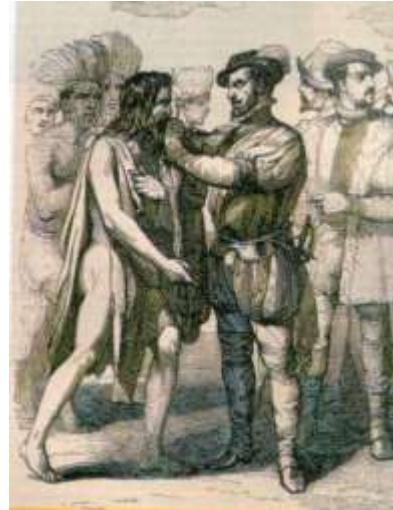
El resto logra escapar cuando los llevaban a la ciudad para engordarlos. Llegan a la tribu de los Tutul Xiúes, enemiga de los Cocomes, Ciudad-Estado de Maní, a la que pertenecía Xamanha, donde el cacique Taxmar los entrega a Teohom su sacerdote como esclavos, quien, con duros trabajos y malos tratos, acaba con todos excepto Guerrero y Jerónimo de Aguilar. Compadecido Taxmar los reclama.

Sobre todo los quiere como consejeros de guerra. Gonzalo forma una rudimentaria y peculiar falange macedónica, suficiente para derrotar a los Cocomes, con lo que alcanza un gran prestigio. Taxmar regala a Guerrero al sabio jefe Na Chan Can, cacique de los Cheles en la ciudad de Ichpaatún, al Norte de la Bahía de Chetumal, que lo regala a su Nacom (jefe de guerreros) Balam, al que Gonzalo salva de un caimán, por lo que se le otorga la libertad. Participa con gran éxito en varias expediciones guerreras, se aculta, asciende, y llega a Nacom al casarse con la princesa Ix Chel Can, hija de Na Chan Can.

Consiente en hacer a sus hijos bizcos y le aplanan la frente con tablilla (belleza para los mayas), sufre los rituales de mutilación. Incluso su primogénita Ixmo fue sacrificada en Chichén Itzá, para acabar con una plaga de langostas. Rechaza regresar con varias expediciones cristianas, y apoya la expulsión de Grijalva, Fernández de Córdoba (1517) y Cortés (1518). Combate a los conquistadores Montejo (padre e hijo) y a su capitán Dávila. Instruye a sus guerreros para que no teman a los caballos y armas de fuego, aconsejando siempre no dar tregua ni fiarse de los blancos, intentando salvar ese Paraíso, hoy Parque Natural, de Champotón. Muere en 1536, de un tiro de arcabuz, cuando se enfrentaba a las tropas del Capitán Lorenzo de Godoy. También es llamado Gonzalo de Aroca y Gonzalo Marinero, *el Renegado*.

Continuando con la aportación de las distintas biografías y hechos relacionados con el ecijano Jerónimo de Aguilar, con el único fin de dejar constancia de su importante aportación a la conquista de Méjico, acompañamos algunas de las encontradas:

“...El personaje histórico Jerónimo de Aguilar, nació en Écija, provincia de Sevilla, en una fecha indeterminada de finales del siglo XV probablemente antes del descubrimiento de América. En 1510, el bergantín en el que navegaba se hundió frente a las costas de Jamaica y Aguilar logró subir a un bajeal sin remos con veinte españoles más. Las corrientes empujaron esta barquichuela auxiliar hasta las costas del cercano Yucatán, en tierras de mayas. Ellos fueron, por tanto, los verdaderos descubridores de Méjico. Pero muy pocos quedaron para contarla, puesto que uno a uno fueron sacrificados. Sólo dos hombres lograron sobrevivir, el ecijano y otro andaluz, de Palos de Moguer, llamado Gonzalo Guerrero, que ha pasado a la historia bajo el sobrenombre de “*El padre del mestizaje mexicano*”, pues fue el primer hombre blanco que tuvo hijos de una cacica, con la que casó.



Casi una década vivió Jerónimo de Aguilar como esclavo de los mayas, hasta que Hernán Cortés le rescató en 1519, utilizándole a partir de entonces, como intérprete suyo durante toda la epopeya de la conquista, junto con la famosa doña Marina (wwwmotecuhzoma).

El dibujo que acompañamos, se refiere al encuentro de Cortés con Jerónimo de Aguilar. A Jerónimo de Aguilar o Gerónimo de Aguilar (así lo citan en otras), en algunas de las publicaciones encontradas, lo citan como, soldado, diácono o fraile.

Cuando en 1519, rumbo a la conquista de Méjico, Hernán Cortés desembarcó en Cozumel, se enteró que había en aquellas tierras naufragos españoles, miembros de anteriores expediciones que habían sido tomados prisioneros por los mayas. Narra Diego López de Cogolludo, en su obra *Historia de Yucatán* (Madrid 1688):

Con el buen tratamiento del general Hernando Cortés, con no hacer los españoles daño alguno a los indios, se acabaron de asegurar todos los de la Isla, y traían buena provisión de bastimentos para el ejército... De esta familiar comunicación con los indios, dice el cronista Herrera, resultó que algunos dieron a entender que cerca de aquella Isla en Tierra firme de Yucatán, había hombres semejantes a los españoles con barbas, y que no eran naturales de este reino, con que tuvo ocasión Hernando Cortés de buscarlos...

Bernal Díaz del Castillo, asigna otra causa, y dice: Que como hubiese oido el general a los soldados que vinieron con Francisco Hernández de Córdoba, que los indios les decían Castilan, Castilan, señalando al oriente, que llamó al mismo Bernal Díaz y a un vizcaíno llamado Martín Ramos, y les preguntó, que si era como se decía; y respondiéndole que sí, dijo el general,

que presumía haber españoles en Yucatán, y sería bueno hacer diligencia entre los indios. Mandó el general llamar a los caciques, y por lengua del indio Melchor (que ya sabía algún poco de la castellana, y la de Cozumel (Cuzamil) es la misma que la de Yucatán) se les preguntó si tenían noticia de ellos. Todos en una conformidad respondieron, que habían conocido unos españoles en esta tierra, y daban señas de ellos, diciendo que unos caciques los tenían por esclavos, y que los indios mercaderes de aquella Isla les habían hablado pocos días había, que estarían de distancia la tierra adentro, andadura y camino de dos soles...

Hernán Cortés envía cartas a los náufragos: Grande fue la alegría de los españoles con esta nueva, y así les dijo el general a los caciques que con cartas, que les daría para ellos se los enviasen a buscar. A los que señalaron los caciques para halagarlos dio unas camisas y cuentas, prometiendo darles más cuando volviesen. Los caciques dijeron al general, enviase con los mensajeros rescate para dar a los amos, cuyos esclavos eran, para que los dejases venir, y así se les dio de todo género de cuentas y otras cosas, y se dispusieron los dos navíos menores con veinte ballesteros y escopeteros, por su capitán Diego de Ordaz.

Dióles orden el general que estuviesen en la costa de Punta de Cotóch aguardando ocho días con el navío mayor, y que con el menor se le viniese a dar cuenta de lo que hacían. Dispusose todo, y la carta que el general Cortés dio a los indios, para que llevasen a los españoles, decía así: "Señores y hermanos, aquí en Cozumel (Cuzamil) he sabido, que estáis en poder de un cacique detenidos. Yo os pido por merced, que luego es vengáis aquí á Cozumel (Cuzamil), que para ello envió un navío con soldados, si los hubieredes menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis, y lleva el navío de plaza ocho días para os aguardar. Veníos con toda brevedad, de mi seréis bien mirados, y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos. En ellos voy mediante Dios la vía de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchán.

Gerónimo de Aguilar se encuentra con los suyos: Los indios que llevaron la carta del general Hernando Cortés, dentro de dos días la dieron a un español, que se llamaba Gerónimo de Aguilar. Dicen algunos, que no se atrevieron a dársela a él, sino a su amo, y que receló mucho le quisiese dar licencia para irse, y que así con mucha humildad puso todo el negocio en la voluntad de su amo; medio con que hasta entonces se había conservado, y que con esto no solo le dio licencia, pero que hizo le acompañasen algunos indios, y le rogó solicitase para él la amistad de los de su nación, porque deseaba tenerla con hombres tan valerosos.

Pero Bernal Díaz afirma, que al Gerónimo de Aguilar se dio la carta y rescates, y que habiéndola leído se holgó mucho (bien se deja entender el grado en que seria) y que fue a su amo con ella, y los rescates para que le diese la licencia, la cual luego dio para que se fuese donde tuviese gusto. Gerónimo Aguilar habida licencia de su amo, fue en busca de otro compañero suyo llamado Gonzalo Guerrero y le enseñó la carta, y dijo lo que pasaba. Dice

Bernal Díaz del Castillo (*en la foto de la derecha*), en su crónica *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, que a Gerónimo de Aguilar le respondió Gonzalo Guerrero: "*Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos. Tienemne por cacique y capitán, cuando hay guerras, la cara tengo labrada, y horadadas las orejas que dirán de mí esos españoles, si me ven ir de este modo. Idos vos con Dios, que ya veis que estos mis hijitos son bonitos, y dadme por vida vuestra de esas cuentas verdes que traéis, para darles, y diré, que mis hermanos me las envían de mi tierra.*" Cuando volvieron á arribar a Cozumel (Cuzamil) los navíos, supólo luego Gerónimo de Aguilar, y trató con prisa de ir á alcanzarlos.



Pagó con las cuentas verdes del rescate que le enviaron, y seis indios remeros que en breve tiempo (por no ser más de cuatro leguas la travesía) pasaron de la banda de Tierra firme a la playa de la isla, aunque por la violencia de las corrientes decayeron algo del puerto a donde iban á parar. Habían salido unos soldados a caza de puercos monteses, de los que tienen el ombligo arriba en el espinazo; dijeron al general como habían visto, que de la parte de Cabo de Cotoch atravesó una canoa grande a la Isla, y que la gente de ella junto al pueblo. Mandó el general al capitán Andrés de Tapia, que con otros dos soldados fuese a reconocer que novedad era aquella.

Viendo los indios remeros ir los españoles para ellos, quisieronse tomar a embarcar, pero Aguilar los sosegó, diciéndoles, que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos. Como el español venía de la misma forma que los indios, envió a decir el capitán Andrés de Tapia al general Cortés, que siete indios eran los que habían llegado en la canoa; pero luego que salieron a tierra, el español dijo (mal mascado y peor pronunciado, como dice Bernal Díaz) Dios, é Santa María y Sevilla. El capitán Andrés de Tapia luego que fue a abrazarle, y el otro soldado a gran priesa a pedir albricias al general por la buena nueva de la llegada del español, que también luego se fue con el capitán Tapia para donde estaba Cortés.

Los españoles que los encontraban, preguntaban al capitán Tapia por el español; ¿pero qué tal venía él, para que le conociesen, aunque estaba presente? De su natural color era moreno, venía trasquilado como un indio esclavo, traía un remo al hombro, una ruin manta, sus partes verendas cubiertas con un paño a modo de braguero, que los indios usan y llaman Puyut, y en la manta un bulto, que después se vio eran horas muy viejas, y con este arreo llegó a la presencia del general Cortés que también preguntó al capitán Tapia por el español Gerónimo de Aguilar, que se había puesto en cuillillas, como los otros indios, entendiendo al general, dijo: Yo soy; y luego Cortés le mandó vestir camisa y jubón, y unos calzones, y calzar unos alpargates, y le dieron para cubrirle la cabeza una montera, que por entonces no se le pudo dar otros vestidos.

El fondo del relato sobre el encuentro de Jerónimo de Aguilar con los soldados y el propio Hernán Cortés, es casi idéntico en toda la bibliografía encontrada, con independencia del sello personal que pone cada uno de los autores de las mismas. Igual ocurre a partir de entonces, cuando el ecijano ayuda a Cortés en la conquista de Méjico, para lo que hemos seleccionado algunos particulares que nos ayuden a conocerla:

De lo que aparece en *FAMSI.- FOUNDATION FOR THE ADVANCEMENT OF MESOAMERICAN STUDIES. INC.- David Bolles.- 2001. Combined Dictionary-Concordance of the Yucatecan Mayan Language:*

"...De la peligrosa guerra que en Tabasco tuvieron con los indios,



Cortés y sus españoles. Habiendo pasado lo que se refirió en los capítulos antecedentes, entre el cacique de Tabasco y Juan de Grijalva: luego que lo supieron los de Potonchán (Chakan Poton) y Campeche, les dieron en rostro las joyas y demás cosas que dieron a Grijalva, diciendo, que de miedo no se atrevieron a hacerle guerra, siendo como eran más pueblos y de mayor gentío; y que ellos con ser menos, les habían muerto cincuenta y seis hombres, con que los traían afrentados. Irritados con esto los de Tabasco, estaban con última resolución, que si otra vez volvían les españoles a su tierra, los habían de recibir de guerra, y por esto tenían

prevenidos demás de los indios, que iban en las canoas, doce mil indios, con todos los géneros de armas, que usaban. Viendo el general Cortés, que los indios parecía no estar de paz y que pasaban una canoa grande cerca de ellos, dijo a Gerónimo de Aguilar les preguntase, que porque andaban tan alborotados, que no les venían a hacer mal alguno, sino a trocar de las cosas que traían, y tratar con ellos como hermanos: que advirtiesen, no diesen principio a la guerra, porque les había de pesar, y todo cuanto (para que estuviesen de paz) pareció a propósito.

Habiéndoselo dicho Gerónimo de Aguilar, se mostraron más furiosos, amenazando a los españoles, que si intentaban llegar a su pueblo, los habían de matar a todos, porque le tenían muy fortificado a la redonda con gruesas palizadas, albarradas y fuertes cercas. Segunda vez requirió Aguilar a los indios con la paz, y que les dejaran hacer aguada y comprar de comer por sus rescates, y decirles cosas que importaban a sus almas; pero obstinados los indios, porfiaban que no habían de pasar de aquellos Palmares o que los habían de matar. Vista la resistencia de los indios, mandó el general Cortés disponer los bateles y navíos de menor porte; en cada batel tres tiros, y repartidos los ballesteros y escopeteros.

Ordenó a tres soldados, que aquella noche mirasen si un camino angosto, que desde los Palmares se acordaban iba al pueblo, salía a dar en las casas, y que volviesen presto con la respuesta, como lo hicieron, diciendo que si. Todo el día siguiente pasó en resolver como había de hacer aquella guerra, y

a otro, habiendo todos oido misa, ordenó Cortés al capitán Alonso Dávila, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo que salía al pueblo, y cuando oyese los tiros, él por aquella parte y el resto que con el general quedaba por otra, darían en el pueblo.

Salió río arriba Cortés con los bateles, y cuando los indios que estaban en los manglares lo vieron, fueron al puerto donde había de desembarcar, para defender que no saliesen á tierra. Mandó Cortés detener un poco a sus soldados y que no disparasen ballesta ni escopeta, porque quería proceder, cuanto justificadamente pudiese. Hizo tercero requerimiento a los indios por lengua de Aguilar, y por ante un Diego de Godoy, escribano del rey, para que le dejases pacíficamente salir a tierra, tomar agua y decirles cosas de el servicio de Dios y del rey, y que si dándole guerra, por defenderse sucediesen algunas muertes y daños, fuesen a su culpa y cargo.

A todo esto estaban los indios haciendo fieros, como hasta entonces, y ahora haciendo seña con sus instrumentos de guerra comenzaron a flechar á los españoles. Cercaron las canoas los bateles, y dieron una gran rociada de flechas sobre ellos, y los hicieron detener, hiriendo algunos españoles. Ya parece que necesitaba la reputación de los castellanos, de dar a entender á los indios, que el sosiego con que hasta entonces estaban, se originaba de la humanidad con que querían tratarlos: y que el valor y ánimo se extendía, siendo necesario, a lo que luego conocieron. Procuró salir a tierra, no sin peligro por la mucha lama, y cieno del paraje, y darles el agua a la cinta, con que no pudieron salir tan presto como entendieron, y peleando el general, se le quedó un alpargate en el cieno; y así descalzo en un pie salió a tierra, y aquí dice Bernal Díaz, que se hallaron en grande aprieto.

Fuera ya de él, y en tierra, se hizo la seña que se había dado al capitán Alonso Dávila, disparóse la artillería y escopetas, juzgando al principio, que el cielo llovía fuego sobre ellos, por ser la primera vez que los vieron disparar. Atemorizáronse, pero se recobraron presto para la pelea. Cerraron con ellos los españoles, invocando el nombre de nuestro patrón el apóstol Santiago, y los hicieron retrair, aunque no muy lejos, con recelo de las grandes albaradas y cercas de gruesas maderas, con que se amparaban. Espugnarónselas, y ganadas por unos portillos, entraron al pueblo peleando con los indios y llevándolos por una calle, dieron en otras trincheras o albaradas, donde hicieron cara los indios.

Estando todos revueltos, llegó el capitán Alonso Dávila con su gente, que tardó algo, por ser el camino cenagoso; y así por un lado y otro, echaron de aquellas fuerzas a los indios, y los llevaron retrayéndose. El valor en quien quiera, siempre es digno de alabanza, y así tratando del que estos indios tuvieron en esta ocasión, dice Bernal Díaz estas palabras: "Ciertamente, que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas, hasta un gran patio, donde estaban unos aposentos y salas



grandes, y tenían tres casas de ídolos, e ya habían llevado todo cuanto hato había en aquel patio."

No pudiendo del todo resistir la cólera con que los españoles los apretaban, huyendo los que podían al monte; presos algunos, y muchos muertos, desampararon el pueblo, aunque el coste de hallarse heridos cuarenta españoles, que mandó el general se fuesen a curar a los navíos. Quedando los demás señores del pueblo, mandó el general que se reparasen en aquel gran patio, y adoratorios, y que no siguiesen el alcance. Allí tomó posesión de aquella tierra por el rey, y en su real nombre con esta acción. Junto a un árbol grande que allí había, de los que se llaman Zeiba (yax che), desenvainó su espada, y dio tres cuchilladas en el árbol, diciendo: que si había alguna persona, que se lo contradijese, que él se lo defendería con su espada, y una rodelia que tenía embrazada.

Dijeron todos los soldados, que serían en su ayuda a defenderlo, si alguien otra cosa dijese, y por ante escribano del rey quedó autorizado aquel auto, aunque dice Bernal Díaz, que los de la parte de Diego Velázquez tuvieron que murmurar de la acción. También dice, que los españoles heridos fueron catorce, y que los indios muertos al salir del agua, y en tierra fueron no más que diez y ocho, y que allí reposaron aquella noche. Otro día mandó Cortés al capitán Pedro de Alvarado, que con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, fuese la tierra adentro, hasta dos leguas, a reconocerla, y el capitán Francisco de Lugo por otra parte con otros cien soldados, y doce ballesteros y escopeteros por otra, otras dos leguas, y que volviesen a dormir al real.

Había de ir el indio Melchor con el capitán Alvarado, y buscándole no pareció, hallaron sus vestidos colgados en el Palmar por donde conocieron se había pasado a los indios, que lo sintió el general, porque no fuese ocasión de mas inquietarlos. Salieron ambos capitanes, y como a una legua del real, se encontró el capitán Lugo con grandes escuadrones de indios flecheros y lanzas con rodelas, empenachados, que así como vieron a los españoles, se fueron derechos para ellos. Cercáronlos, como eran tantos, por todas partes, y fueron tantas las flechas, varas tostadas y piedra arrojada con hondas, que sobre ellos cayeron, que parecía a la multitud del granizo cuando cae.

Acercáronse después, y con las espadas de navajas de a dos manos, daban tanto que hacer a los nuestros, que por bien que peleaban, apenas podían de si apartarlos. Vista tanta multitud de enemigos, con todo concierto comenzó el capitán Lugo a retraerse, y un indio de Cuba viendo el peligro en que quedaba, fue corriendo a dar aviso al general para que le socorriese.

Por la parte que fue el capitán Alvarado, no encontró indios; pero habiendo andado más de una legua, dio con un estero tan malo de pasar, que hubo de coger otro camino, y acaso fue hacia donde el capitán Lugo y sus soldados peleaban con los indios. Oyeron con esto el estruendo de las escopetas, tunkules, que les sirven a los indios de tambores, sus trompetillas y grande grita, y silbos que daban, y al sonido acudieron a la parte de la pelea.

Juntos los dos capitanes, lo más que pudieron hacer, fue resistir, y que pasasen los indios; pero cuando se fueron retirando hacia el real, no dejaron de seguir a los españoles. Mientras esto pasaba con los dos capitanes, fueron otros escuadrones de indios a donde el general Cortés estaba; pero como tenían la

artillería y era más gente, presto hicieron retirarlos. Llegó el indio de Cuba y dijo como quedaba el capitán Lugo en aquel aprieto; y saliendo el mismo general a socorrerle, vieron como venían ya para el real los dos capitanes, que llegaron con sus soldados, ocho de los de Francisco de Lugo heridos, y dos murieron, y tres heridos de los de Pedro de Alvarado. En el real sepultaron los difuntos, curaron los vivos y descansaron todos aquella noche, aunque con buenas centinelas, y cuidado como era necesario en guerra ya declarada.

Supieron habían muerto quince indios y prendieronse tres, que el uno de ellos parecía principal. Determinado estaba el general a tentar todos los medios posibles para traer a los indios a la paz; y así aunque había sucedido lo referido, dio cuentas verdes a uno de los prisioneros, para que fuese a decir á los caciques viniesen de paz, y que les aseguraba no habría cosa alguna por lo sucedido, que lo pasado se olvidaría como se quietasen. El indio fue, pero nunca volvió, si bien dejó dicho, como el indio Melchor de Cabo de Catóch (c'otoch) se fue a ellos la noche antes, y dijo, como les había aconsejado diesen guerra a los españoles de día, y noche, que sin duda los acabarían porque eran pocos, y que por eso estaban de aquella forma.

De los otros dos supo Gerónimo de Aguilar aquella noche con certidumbre, que para otro día estaban confederados todos los caciques comarcanos de aquella provincia, con su gente de guerra apercibida para venir a cercar el real de los españoles, y que también había sido consejo del indio Melchor, con que no salió vano el recelo que tuvo Cortés, cuando supo su fuga. Con esta noticia mandó el general, que se sacasen los caballos de los navíos, que recién salidos se hallaron algo torpes, aunque al otro día ya estaban sueltos; previnieronse todos los escopeteros y ballesteros, y aun a los heridos se les ordenó estar a punto.

Dispuso, que los mejores jinetes peleasen en los caballos, que llevasen pretales de cascabeles, y que no se parasen a alancear, sino que pasándoles las lanzas por los rostros, fuesen adelante, hasta haberlos desbaratado. Algunos dicen, que al principio no dio tan grande la resistencia de los indios, y que pidiéndoles bastimentos trajeron algunas canoas con maíz, gallinas y fruta, aunque poco para tanta gente, diciendo, que por ser tarde no traían mas, que á otro día vendrían con mucha provisión de bastimentos.

Al día siguiente vinieron con otra poca de comida, y dijeron, que la tomasen si querían, que no tenían más, y que se fuesen porque temiendo alguna violencia los indios, se habían ido al monte, y que sobre no querer salir

del puerto, descargaron sobre los españoles una gran rociada de flechas, que ocasionó la batalla, con que se entró el pueblo, como se ha dicho. Sabido por el señor de Tabasco (*a la izquierda foto del monumento al cacique maya, señor de Tabasco, en Villahermosa*), intentó engañar a Cortés, mientras juntaba todas sus gentes, y con veinte y dos hombres, que parecían principales, le envió a rogar no quemase el pueblo, y que a otro día trajeron alguna comida, y recaudo del señor del pueblo, que si querían mas,



con seguridad podían entrar la tierra adentro á rescatarla, y que debajo de aquel seguro salieron los capitanes Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado, a quien sucedió lo que se ha dicho. Lo más cierto es, que nunca en esta ocasión hicieron señal de paz, ni verdadera ni fingida, porque estaban afrontados con los baldones de los de Champoton (Chakan Poton) y Campeche.

Del gran peligro en que se vieron los españoles en Tabasco y como dieron los indios la obediencia:... Habiendo quedado el campo por los españoles, dieron gracias a Dios y a su bendita madre, por haberles dado tan gran victoria y en memoria de ella, poblándose después allí una villa, se le dio nombre de Santa María de la Victoria por ella; y el día en que se alcanzó. Después se curaron los heridos con unto de los indios muertos, que abrieron para sacárselos, porque recorriendo el campo, hallaron más de ochocientos ya difuntos, y muchos medio muertos, y más quejándose de otras heridas no tan graves, y con cinco indios prisioneros se volvieron al real a comer y descansar.

La tardanza del general Cortés la ocasionaron dos cosas; la una, ciénagas y pantanos, que hallaron en el camino, y haber encontrado con otros escuadrones de indios, con quien forzosamente pelearon, y así llegaron, cuando se juntaron en la batalla ocho caballos heridos y cinco de los que en ellos iban. Lo que dice Gomara de haberse visto en esta batalla al glorioso apóstol Santiago ó San Pedro, particular devoto del general Cortés, no debió de ser así, pues dice Bernal Díaz, que nunca tal cosa oyó platicar en el ejército y que hubieran sido muy ingratos á Dios y a sus santos, ocultando tan especial favor de su misericordia, y no dejando testimonio fidedigno de ello....

...A otro día fueron treinta principales con buenas ropas y algunos de ellos ancianos, y llevaron más gallinas, pescado, fruta y pan, y pidieron licencia para hablar al general y tratar con él de la embajada que traían de sus caciques. Diósela, y recibiólos con toda benignidad, diciéndoles, que se alegraba mucho se hubiesen persuadido, a que no era suficiente su multitud contra el valor de los castellanos, que siempre había ofrecido la paz, y lo hacía de nuevo, y mandó soltar delante de ellos los otros prisioneros.

Pidieron licencia para enterrar sus muertos, y diósela, con que acudió gran gentío para ello, y dijeron, que no se podían detener mas, porque otro día habían de venir los señores de aquellos pueblos a efectuar las paces, con que los despidieron. Con lo que estos dijeron, dieron entero crédito a los españoles, y a otro día a medio día vinieron cuarenta indios todos caciques, ricamente vestidos a su usanza, y con grande acompañamiento, usando de sus sahumerios, llegaron a saludar al general, y después a los demás capitanes y soldados.

Estaba prevenido para recibirlos con más autoridad, aguardándolos, sentado en una silla; y al llegar el principal señor, se levantó y le abrazó, y después a los demás caciques que con él venían. Tenían por costumbre, cuando hablaban por intérprete, poner un criado que hablase con otro de la otra parte, y estos hablaban cada uno con sus señores lo que se trataba, porque entre ellos no hablaban directamente el uno al otro, sino a los criados intérpretes.

En esta conformidad dijo el cacique al suyo lo que había de decir, y él a Aguilar, que fue en sustancia. Que a todos aquellos señores pesaba mucho del

disgusto que habían dado a los españoles; pero que arrepentidos venían a ofrecerse por sus servidores y criados, y que toda la tierra de allí adelante estaría sujeta a su obediencia. Entonces Cortés con un enojo mezclado en mansedumbre, respondió:

Que ya habían visto cuantas veces les ofrecieron paz y no la quisieron, que ahora no merecían, que se les concediese, porque eran vasallos de un gran rey y señor, que se llamaba el Emperador Carlos que los envió a estas tierras, pero que porque los mandó, que a los que estuviesen en su real servicio, los favoreciesen y ayudasen, los perdonaban, porque ya se ofrecían a su servicio, y que siempre los ampararían siendo buenos.

Amedrentó Cortés á todos estos indios, con una notable advertencia, nacida de su viveza de ingenio, y fue: Había una yegua de un Juan Sedeño, ya nombrado en otro capítulo, y estaba recién parida, y hizola tener atada junto a donde él estaba, hasta que el lugar cogió el olor de ella y luego la quitaron. También tuvo una pieza de artillería cargada con bala, que hizo seña disparasen al tiempo que manifestaba el enojo.

El estallido fue grande, el ruido de la bala a menor, por estar el tiempo en calma, y espantarónse los caciques. Sosególos con decirles que la había mandado no hiciese daño en ellos, y así había pasado por alto. Luego, que trajesen allí el caballo, que en dándole el olor de la yegua, comenzó á relinchar y manotear; miraba al aposento donde estaban los indios, y era, que de allí le daba el olor. Creyeron con esto, era por ellos, y Cortés entonces se fue para el caballo, y cogiéndole del freno, dijo a Aguilar hiciese que entendiesen le quietaba, y mandó le llevasen de allí.

Todo esto se ordenó, a que los indios tuviesen por cierto que los caballos peleaban por sí, y también la artillería hacia el daño, que hubieran visto que estaban enojados con ellos por la guerra pasada, y que ya estaban aplacados. En este intervalo llegaron más de treinta indios cargados con gallinas, pescados y frutas, y habiendo tenido grandes pláticas con los caciques, todas en orden a traerlos, se despidieron, diciendo que vendrían otro día.

Así lo cumplieron, trayendo un pequeño presente de oro, porque como la tierra no lo tiene, y habían dado lo que se dijo a Grijalva, no pudo al presente ser mucho; y así dice Bernal Díaz, que presentaron á Cortés cuatro diademas, unas lagartijas y orejeras, dos como perrillos, cinco ánades, dos figuras de caras de indios, dos suelas como de sandalias de oro, y otras cosillas de poco valor, con algunas mantas bastas, y unas indias, entre las cuales fue una, la que mediante Dios, dio la vida a todos los españoles después en la Nueva España.



Dan en Tabasco á Marina la Intérprete, y como Francisco de Montejo fue la primera justicia real de la Nueva España:... Con esto se acabó la plática aquel día, en que luego mandó el general Cortés hacer un altar muy bien labrado y una Cruz bien alta, que se fijó delante. El día siguiente se colocó la Santa imagen en el altar en presencia de todos los

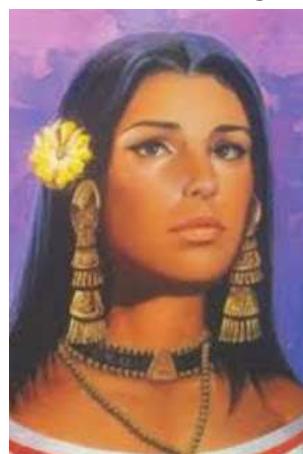
caciques y principales, y los españoles la adoraron juntamente con la Santa Cruz. Iba en compañía de los españoles un religioso de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, llamado Fr. Bartolomé de Olmedo, buen teólogo y predicador, y que fue de mucha importancia después en la conquista como repite Bernal Díaz en diversos capítulos, y este dijo misa aquel día.

Habían dado (como toqué en el fin del capítulo antecedente) unas indias a los españoles, y estas fueron veinte en número, y parece eran esclavas que tenían de otras partes. Después de la misa las predicó el P. Fr. Bartolomé por lengua de Gerónimo de Aguilar, y ellas pidieron el Santo bautismo, que después de catequizadas se les dio, y el general las repartió entre los capitanes, para que los sirviesen. Entre estas, una que se le dio por nombre doña Marina, era hija de grandes caciques y señora de vasallos, y dice Bernal Díaz, que se le parecía bien en su persona.

De ordinario la nobleza de la sangre, en cualquiera estado que se halle quien la tiene, hace proceder de suerte, que manifieste a su dueño. Como vino a esclavitud esta Señora, fue de esta suerte. Sus padres eran caciques, y Señores de un pueblo, que se llamaba Painala (como ocho leguas distante de la Villa de Guazacualco) y era cabeza de otros, que le estaban sujetos. Murió el padre, quedando ella muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo. Tuvieron un hijo, a quien quisieron mucho, y porque heredase el cacicazgo, y la niña no fuese estorbo, el padrastro y la madre una noche a escondidas, la dieron a unos indios de Xicalango, y muriendo en aquella ocasión una hija de una india esclava, publicaron que era la heredera, con que no se supo el embuste y maldad, con que su propia madre, a la hija que nació señora de tantos pueblos, la puso en la miserable servidumbre de esclavitud penosa; pero se puede entender, fue dispensación y permisión de la Divina Providencia, para tanto bien como de ello resultó.

Los indios de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco con las otras a D. Hernando Cortés como se ha dicho. Esta entendía la lengua mejicana por hablarse en su tierra, y con la esclavitud de Tabasco sabía la de Yucatán. Después por este medio, Aguilar decía a doña Marina (*pintura de la misma a la derecha*) en la conquista de la Nueva España, lo que era necesario para comunicarse los españoles con aquellos indios, ella se lo decía en su lengua mejicana. Daba la respuesta a Aguilar en lengua yucateca, y éste a Cortés en la nuestra española, con que se aseguraron de gravísimos peligros, y se entendían en su comunicación con seguridad cierta.

Por ser víspera del domingo de Ramos, quiso Cortés se celebrase allí esta festividad, para que los indios vieran el culto y reverencia divina, y la procesión de los Ramos, que ordenó se hiciese con la mayor solemnidad posible, y mandó a los caciques asistiesen a ella. Cantóse la misa y pasión con solemnidad, habiendo, como suele, precedido la procesión de los Ramos, y después adorada y besada la Cruz, estando a todo los indios muy atentos. Acabada la solemnidad, se despidió el general y todos los demás de los indios: encargándoles mucho la Santa imagen de Nuestra Señora, y Cruces que habían puesto, que tuvieran sus



lugares muy limpios y enramados, y las reverenciasen y tendrían salud y buenas sementeras, que estuviesen firmes en su buen propósito, y les enviaría quien les declarase nuestra Santa Fe, y que la obediencia que habían prometido al rey de Castilla, no la violasen, porque la experiencia les mostraría como conservaba en paz y justicia á sus vasallos, defendiéndolos de sus enemigos. Aquí se curaron unos seis ó siete soldados, a quien sin saber, que lo ocasional, les dio recién salidos a tierra tan grande dolor en los riñones que no podían estar en pie, y cargados los hubieron de llevar á embarcar a los navíos..."

Se ha citado a Marina, conocida comúnmente como *Malinche* y que junto a Jerónimo de Aguilar, formaron parte del ejército de Cortés, constituyendo ambos la clave del éxito en la conquista. Cortés le hablaba a Jerónimo de Aguilar en español, él traducía al maya para Malinche y ella traducía al náhuatl, el idioma de los aztecas.

Por último y de otra biografía, de fuente innominada, aparece que: Jerónimo de Aguilar, nació en Écija, se ordenó in sacris y marchó a América en una de las primeras expediciones organizadas para la conquista de aquel territorio. En su viaje a Santo Domingo las corrientes estrellaron la nave contra las costas inmediatas a Catoche y los indios se apoderaron de los naufragos, inmolando a los más y aplazando el sacrificio de Aguilar a causa de su flaqueza. Ocho años vivió entre los indios y durante ese tiempo aprendió a la perfección la lengua maya, y al ser rescatado por Hernán Cortés, prestó a éste señalados servicios como intérprete con los indios de Tabasco. Después de la conquista se estableció en México, donde ocupó importantes cargos y cooperó en diversas expediciones militares. Parece que algo debió escribir acerca del chocolate, puesto que el Conde de las Navas, en su artículo, elaborado a puño, inserto en *Cultura Hispano-Americana* (número 9) asegura ser Aguilar el que dio noticias relativas al haba del cacao antes que nadie en la Península Ibérica y en el resto de Europa, y no sabemos que volviera a su patria para darlas oralmente. Falleció hacia el año 1526.

El año de su fallecimiento también es objeto de diversas fechas, pues si en la anterior se consigna hacia el año de 1526, en otras se dice que murió en 1531 cerca del río Pánuco, ignorándose el lugar donde fue sepultado (El Pánuco es un río mexicano que nace en la Altiplanicie Mexicana y forma parte del sistema hidrológico conocido como Tula-Moctezuma-Pánuco. Pánuco es el nombre que recibe en su curso bajo, entre los estados de San Luis Potosí, Veracruz y Tamaulipas, donde finalmente desemboca cerca de la ciudad de Tampico-



Wikipedia), pero que teniendo en cuenta su intervención en la conquista de México, no sería de extrañar que fuese cierto este lugar donde acaeció su fallecimiento.

A pesar de que el conocimiento que tenemos los ecijanos sobre tan ilustre personaje es escaso, como ya hice constar en algunas publicaciones anteriores, en su día, por el Ayuntamiento de Écija, se le hizo reconocimiento con la nominación de una calle rotulada con su nombre, si bien, a mi juicio, no de la categoría que merece el propio personaje, pero algo es algo, mucho más en una sociedad ecijana, que no sólo nunca ha hecho gala de mostrarse orgullosa de sus personajes, sino también ni siquiera de preocuparse en conocerlos, esperando que esta pequeña aportación, sirva para ello.